
CLÍNICA PSICOANALÍTICA CON NIÑOS: Fronteras de la tónica/ Fronteras de la intersubjetividad.

Trabajo escrito-2º Cuatrimestre-Agosto a Octubre de 2015.

Secretaría de Extensión y Servicios a la comunidad-UNR-Facultad de Psicología.

Instituto de la Familia Rosario-Área Formación 2015.

Equipo Docente:

Coordinación Gral: Ps. Federica Benassi y Ps. Bárbara Sujmajier

Colaboradoras: Ps. Laura Codina y Ps. Soledad Crisci.

Cursante: Valeria Silvina Hernández (Psicóloga –Espec. en Psic. en Educ.)

Para pensar la simbolización: jugar con palabras y jugar con el cuerpo

Quiero comenzar rescatando la posibilidad de estar en contacto con material referido específicamente al Psicoanálisis con niños y con psicoanalistas de niños. En primer lugar, porque he trabajado un período relativamente corto de tiempo en la clínica individual con ellos; y un período más prolongado en dispositivos colectivos, y considero que la clínica con niños interpela y abre a posibles intervenciones tal vez más ricas y creativas que la clínica que llevo a cabo con adolescentes y adultos. La clínica con niños nos impulsa a una mayor plasticidad en lo técnico, sin por ello, obviamente, descuidar lo abstinente que involucra, entre otras cosas, la pauta de un encuadre de tiempo, espacio y frecuencias: regularidad de una constancia que oficiará como marco para desplegar materiales.

El contacto con este material permite no solamente revisar la propia clínica, sino también “desrigidizar” los modos de escucha y de intervenciones fundamentalmente en lo que respecta al CUERPO tanto de quien consulta como del analista. Parecería que cuando aparece un adulto en consulta fueran más “previsibles” las cuestiones fenomenológicas que son, por supuesto, correlato del modo de funcionamiento psíquico en ese tiempo. Pongamos por caso, que llame por TE un adulto y pida un horario. Uno escuchará qué pide, si es que pide; tonalidades de voz; tonos afectivos de la misma; aparecerán espontáneamente o no, datos, nombres, horarios posibles, etc, todas variables a tener en cuenta con su valor significante o sin él, según los casos. En cambio, en una oportunidad, al encontrarme con un niño, tuve la impresión de que fue, en principio, un acontecimiento, es decir, una ruptura con lo supuestamente previsible o esperado. Así, hubo un primer contacto o entrevista, podríamos decir, espontánea, sin cita previa, con su madre, quien pregunta por la atención de alguna psicóloga. Luego de algunas cuestiones despejadas propias de aquel trabajo en el que yo no estaba con funciones profesionales para la atención individual, recibo el pedido. Vuelven él y la madre y, al querer conocerlo y acercarme a él para dirigirnos al consultorio, no lo veo, lo busco y lo descubro escondido detrás de una columna. El sitio era un salón muy grande en una Vecinal donde funcionaba un Centro de Salud: lugar y tiempo no habitual, distinto del marco del consultorio cerrado y con privacidad. Hago como que lo sigo buscando, aunque ya lo había localizado, se empieza a reír, aparece, se esconde, hago lo mismo, hasta que por fin, nos encontramos y vamos al consultorio. El encuentro ya se había dado antes del ritual del encuadre con su lugar, hora y frecuencia estables, es decir, la entrevista ya había empezado entre nosotros, sin verbalización, con miradas y “desmiradas”, con intriga de mi parte por lograr “verlo” realmente, y risas de parte de él, que se escabullía y jugaba el dominio de su ausencia-presencia ante mí. Operación simbólica importante en un sujeto, y más en un niño de 5 años, que, tal vez, funda así, un comienzo conmigo. Inauguró y a la vez creó un espacio no sólo de relación, sino que, diseñó trayectos espaciales en ese juego de las escondidas. Fue desplazándose de columna en columna regulando la velocidad para esconderse mejor de mi mirada. Y también diseñó distintos tiempos: como si en esa alternancia las palabras pudieran ser “estoy”/“no estoy”-“me ves”/“ya no me ves”. Esto me recuerda la idea de Winnicott cuando plantea que existir es poder desaparecer realmente. Es decir, existo y soy más allá de que el otro

no me vea, ya “me ha visto” en los primeros tiempos de vida. Es la apuesta ontológica de la que hablaba Silvia Bleichmar, esa mirada matriz que habilita a ser y luego verme como existente, o sea, sentirme ser. Entonces, retomo, en el juego arriba mencionado, si este niño pudo armar algo así con una persona desconocida, este proceso probablemente estaría constituido, en cuyo caso, su madre podía soltar un poco su mirada de él y él soltarse de dicha mirada poniéndola a jugar conmigo. También pensaba en lo que apunta Ricardo Rodulfo cuando señala que si hay trazo en el espacio es porque ha habido marca y luego trazo en el cuerpo. Constitución del cuerpo solidario de la constitución del espacio /tiempo. Testimonio de un proceso de subjetivación en marcha, de cierta organización yoica y de posibilidad de jugar en un marco que a este niño evidentemente le resultaba confiable, sin la amenaza de un desborde pulsional o de irrupción de angustia. Algo de esto fue mencionado por la madre en el motivo de consulta: observar hostilidad y agresión en su hijo y preocupación de parte de ella. “Descaderó a un gato y casi despluma a un pajarito!!”, me dijo. Él no desplegó esto en este primer encuentro...tampoco después.

Hasta aquí lo que a mí me pareció un comienzo tal vez no convencional respecto a experiencias en la clínica con adultos, sobre todo en lo que respecta al cuerpo del analista y a un armado de espacio-tiempo sin verbalizaciones. Este punto me parece diferente y valioso en la clínica con niños apareciendo la posibilidad de elaboración de parte de ellos sin que, por momentos, medie una interpretación de parte nuestra, al menos verbalizada. Sí hubo acompañamiento de mi parte, en la situación antes descrita, esto ofició al modo de una interpretación al jugar con él y seguirle el tiempo en lo que ese niño proponía.

Jugar y Hablar: ¿ofrece el juego en acción-sin palabras- mayores posibilidades de simbolización?

Este enunciado derivado del Programa me resultó interesante para indagar. En el mismo dice: *El jugar es diferente del hablar: límites del juego como equivalente de la palabra*. Me llamó la atención, sobre todo, el poder pensar cuáles serían los **límites del jugar** al mismo tiempo que sus **alcances**. Al leer el texto de Emilio Rodrigué “La interpretación lúdica” me encuentro con una propuesta que él ofrece al situar como problema en el análisis de adultos: el tema de la **acción**. Ofrece, entonces, como posible creación y solución técnica uno de los principios de su clínica: “Mi técnica busca hacer ostensible la calidad dramática del material” (Rodrigué, 1998: 154) En este planteo, el **hacer** vuelve más eficaz la simbolización, que en el adulto es sólo palabra. Continúa definiendo (...) “el aquí y ahora consiste en un proceso interpretativo que busca **transformar el relato en acción vivida**, la anécdota en drama” (Rodrigué, 1998: 157. Negrita mía) Y de parte del analista: “Esta una actitud implica dramatizar la interpretación”. En el caso del niño jugando a las escondidas había acción dramática, o sea, narración sin palabras. Creo que fue la forma que este niño encontró y creó para encontrarse conmigo o vivir una nueva situación o entrar al consultorio. Así como en la clínica con adultos se trabaja sobre todo con la asociación libre, con los niños se trabaja sobre el jugar, que además, como en este caso, lo traen ellos, siempre y cuando, obviamente, puedan hacerlo. Este jugar puede ser con diferentes materiales, además de palabras. A propósito del planteo de Rodrigué, el HACER, entonces, ofrece más posibilidades que límites. Posibilidades en el sentido de las simbolizaciones / elaboraciones y creaciones de parte del paciente. **Jugar es hacer**, dice Winnicott (P.122), no alcanza sólo con desear y pensar. Entonces, en

ciertos casos ¿no alcanza la palabra? Apunto con esta pregunta, obviamente, a la elaboración en análisis. Al trabajar los modos de la inteligencia y de simbolización, Silvia Bleichmar recordaba una observación de David Meltzer, quien decía que las palabras suelen encorsetar a las sensaciones. Cito: “Hace poco estuvo Meltzer en Buenos Aires y una de las cosas interesantes que planteó fue el sufrimiento psíquico que produce el corsé que genera el símbolo respecto de la experiencia” (...)(Bleichmar, 2000: 349). Continúa ella afirmando “la idea de que el análisis nunca termina de captar algo, que algo siempre se escapa, y ese algo es del orden de un malestar, de un sufrimiento (...) que tendría sus orígenes en “las primeras inscripciones (que) no pueden ser captadas por el sujeto en razón de su inexistencia –del sujeto, no de la representación–en los tiempos de los comienzos”. (Bleichmar, *Ibidem*). El lenguaje podrá, dice ella, capturar parcialmente fragmentos de experiencia y de objetos porque el registro es indiciario en lo que respecta a las representaciones de dichas experiencias. Queda un resto, que es siempre la Cosa. Ahora bien, pienso que tampoco se trataría de saturarla de sentido y hacerla desaparecer, tarea imposible, más allá de que al nombrarla, algo de la Cosa desaparece como tal. Siempre queda algo por decir y expresar, porque el sentir lo desborda, y esta es una cuestión psíquica tan humanamente rica como estructural. Es decir, soy mucho más que lo que digo y que lo que sé que soy. El jugar entonces puede ser sin palabras, puede haber acciones, hasta distintas calidades de silencios, dibujos, pero, estas expresiones no son sin lenguaje, es decir, aunque no se pronuncie sonido ni palabra alguna, **es producción simbólica**.

Voy a relatar dos situaciones que se desprenden de esto último, esto es, la posibilidad de producción simbólica materializada en acciones sin verbalización ni del paciente ni del analista. Cuando digo verbalización, me refiero no a que no haya habido palabras, sino al hecho de que las mismas no tenían un lugar preponderante respecto de los despliegues lúdicos y simbolizantes de los niños.

Una de ellas es una pequeña viñeta clínica tomada de mi trabajo en el consultorio y otra situación es en un dispositivo colectivo dirigido a niños y coordinado por psicoanalistas; residentes de Ciencias de la Educación; una residente del Profesorado de lengua portuguesa y una profesora de francés.

En el primer caso, un padre y su pareja quieren traer al hijo de él, de 6 años, a consulta conmigo para pensar cómo comunicarle que su madre, fallecida hacía unos años, no era su madre biológica. Su padre y la pareja de éste querían que yo lo comunicara, aunque no lo explicitaron directamente. Les hago una propuesta de trabajo y aceptan: ellos debían comunicarlo y yo podía trabajar sobre esto con ellos y también con el niño en un espacio aparte, si fuera necesario. Luego de un mes de entrevistas con ellos, finalmente hablan con el niño y le cuentan sobre su origen. Cuando éste viene, armaba en silencio formas con plastimasa, y sobre ellas ponía ceritas. Le pregunto: “¿Qué hacés?” “Un cementerio”, me dice y sigue “¿Vos fuiste? Yo voy, con mi abuelo”. Ahí recién me mira y continúa: “Porque a mí, mi mamá se me murió. Porque está la mamá del corazón y la mamá de la panza, me dijo mi papá”. Vuelve a hacer un silencio prolongado mientras va poniendo sobre una de esas estructuras de plastimasa, muchas bolitas de diferentes colores. Luego me dijo que eran flores en la tumba donde estaba la mamá del corazón. En ese momento de

producción en acción, me parecía importante no decir nada, no era necesario ninguna interpretación porque él ya estaba simbolizando. De mi parte sólo hubo preguntas para no quedarme afuera del jugar y acompañarlo no sólo en presencia, y él informaba contestando. Pero la riqueza estaba en la creación de esa escena hecha arquitectura que podría ser el correlato tal vez del duelo de su madre o de algunas inscripciones sobre lo escuchado de su padre. Hipótesis sin posibilidad de confirmación dado que, al haber sido revelada esa verdad, fue soltando el padre el espacio, quien suponía que este niño podría sentirse traumatizado por esa revelación. Era él, en realidad, y no el niño, quien estaba movilizado o mejor, inmovilizado.

La otra situación se produjo en un dispositivo que se creó como espacio de cultura, en cuyos encuentros se ofrecía una propuesta a los niños de un barrio, entre otras cosas, de lenguas extranjeras. La trabajadora social del Centro de Salud nos informa que en el barrio no había nada para ellos por fuera de la escuela. Pensamos en este espacio como **transicional** en el sentido que le da Winnicott, como un lugar para posibilitar el jugar, la creación, para entrar y salir de la realidad a la ficción. Pensamos en espacio potencial que pudiera ser un terreno de descanso subjetivo de los conflictos intrapsíquicos. Zona transicional pensada como un espacio-tiempo a ser creado desde y con los niños.

En una de las oportunidades se leyó en portugués una leyenda brasilera llamada “Naiá”. Era la historia de una indiecita que al ver la luna reflejada en el río Amazonas, se enamora de ella y termina ahogándose por querer alcanzarla. Como ofrenda y homenaje, la luna la hace renacer bajo la flor acuática Vitória Regia. Los niños la escucharon, más allá de que no hablaran o entendieran portugués. No se trataba de la enseñanza y el aprendizaje formal de una lengua, sí de presentarla como objeto, por qué no transicional, en donde la lengua portuguesa fuera ofrecida como posible juguete: sonidos y entonaciones diferentes al castellano que los niños pudieran escuchar, tomar y soltar, pronunciar distinto, recrear e intervenir los sonidos. Esa era la apuesta que fue tomada por una niña quien se puso a dibujar algo de lo escuchado. Al acercarme y preguntarle cómo se llamaba, me contesta: Daiana, a lo que le digo “qué parecidos que son los nombres Daiana y Naiá!”. Se sorprende con esto y luego hace una dramatización sin palabras sobre lo que recreó ella entre esa historia escuchada y su nombre: empezó a desplazarse en el espacio yendo y viniendo, protagonizando una escena donde era la protagonista. Primero un dibujo y luego un cuerpo en movimiento: trayectos en el espacio y su mirada sobre nosotros. ¿Era Daiana? ¿Era Naiá? No importaba, lo que quiero rescatar es cómo sin pronunciar una sola palabra en portugués se puso a jugar y a inventar una escena. Es decir, convirtió en juguete esos sonidos, haciendo de esa lengua un dibujo y acciones dramáticas. Transponiendo elementos de una escena a otra, del relato de la leyenda a su propia obra.

Por último, a propósito de rescatar el valor significativo más allá de lo lingüístico, quiero ubicar una idea encontrada en un texto sobre el juego en dispositivos terapéuticos grupales. En él, los autores Gili y O’Donnell resaltan la importancia de la expresividad en el registro corporal. El cuerpo puede amortiguar, complementar o auxiliar, como plantea Rodrigué, o agrego “desmentir” lo que aparece en el registro verbal. Dicen estos autores: (...) “la experiencia clínica nos ha enseñado que, en muchísimas oportunidades, **el cuerpo manifiesta aquello que la palabra oculta**. Esto

sucede, entre otras cosas, porque el control sobre la expresión verbal es mucho más acentuado que el que se ejerce sobre una expresión menos entrenada, como la que se da en lo corporal y lo espacial” (Gili, O’Donnell, 1978: 122) Parfraseándolos, ellos insisten sobre la especial valoración que tienen de la palabra siempre y cuando ésta muestre y exprese y no (...) “cuando está puesta al servicio del engaño protector del conflicto neurótico”(Gili, O’Donnell, *Ibidem*)

El cuerpo puede ser en algunas situaciones más espontáneo que el hablar, más “asociativo” e indomable, podríamos decir. Esto tal vez sea más complejo de pesquisar en el dispositivo clásico, es decir, en la cura-tipo, que en situaciones como en las que transcurrían estas terapias que proponían explícitamente juegos corporales entre adultos. No es esto último adonde apunto en lo clínico con esta idea formulada, sino situarla en lo teórico como herramienta en las modalidades de intervención y en los propios registros que tiene un analista respecto de lo que considera como significativo. En este sentido, pienso que la aparición de la palabra en la vida de un sujeto, además de enriquecer la experiencia, la complejiza y a la vez la puede representar. Y esto vale también para pensar en los tiempos para interpretar.

Valeria S. Hernández

Bibliografía

- Rodrigué, Emilio, **Postdata 2 Revista de Psicoanálisis. El duelo del padre**, Fundación Estudios Clínicos en Psicoanálisis, *"La interpretación lúdica"*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1998.
- Bleichmar, Silvia, **Clínica Psicoanalítica y Neogénesis**, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2000.
- Donald Winnicott, **Realidad y juego**, Gedisa Editorial, Barcelona, 1994.
- Rodulfo, Ricardo, **El niño y el significante**, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1996.
- Gili, Edgardo y O'Donnell, Pacho, **EL juego. Técnicas lúdicas en Psicoterapia grupal de adultos**, Gedisa Editorial, Barcelona, 1978.